

Chinzaemon el Silencioso

Un libro de lectura de Reading A-Z • Nivel Q
Número de palabras: 1,324

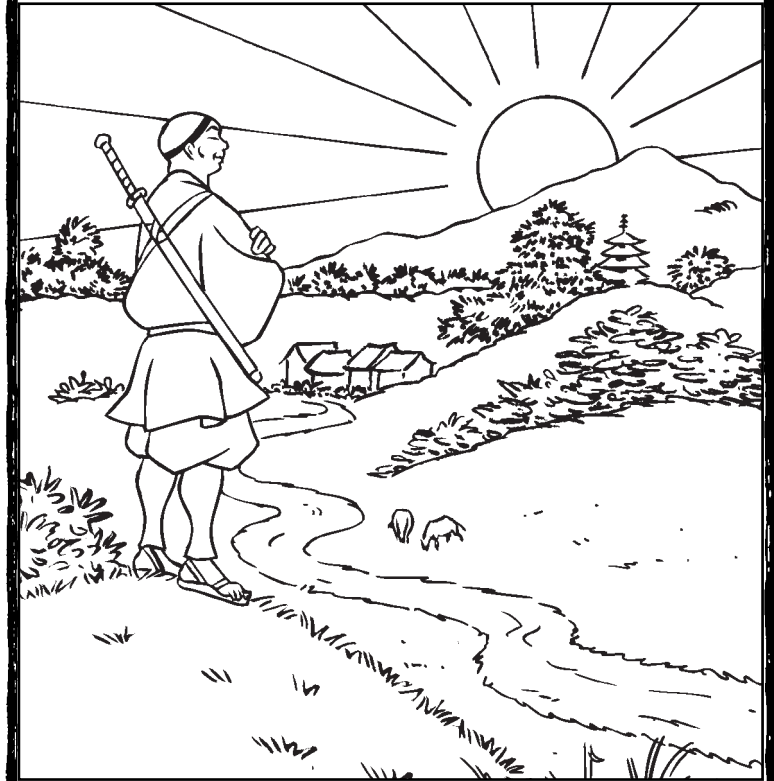


**Reading a-z**

Visite www.readinga-z.com
para obtener miles de libros y materiales.

LECTURA • Q

Chinzaemon el Silencioso



Un cuento popular japonés
narrado por William Harryman
Ilustrado por David Cockcroft

www.readinga-z.com

Chinzaemon el Silencioso

Esta historia es una ampliación y adaptación
de un cuento popular japonés.



Un cuento popular japonés
narrado por William Harryman
Ilustrado por David Cockcroft

www.readinga-z.com

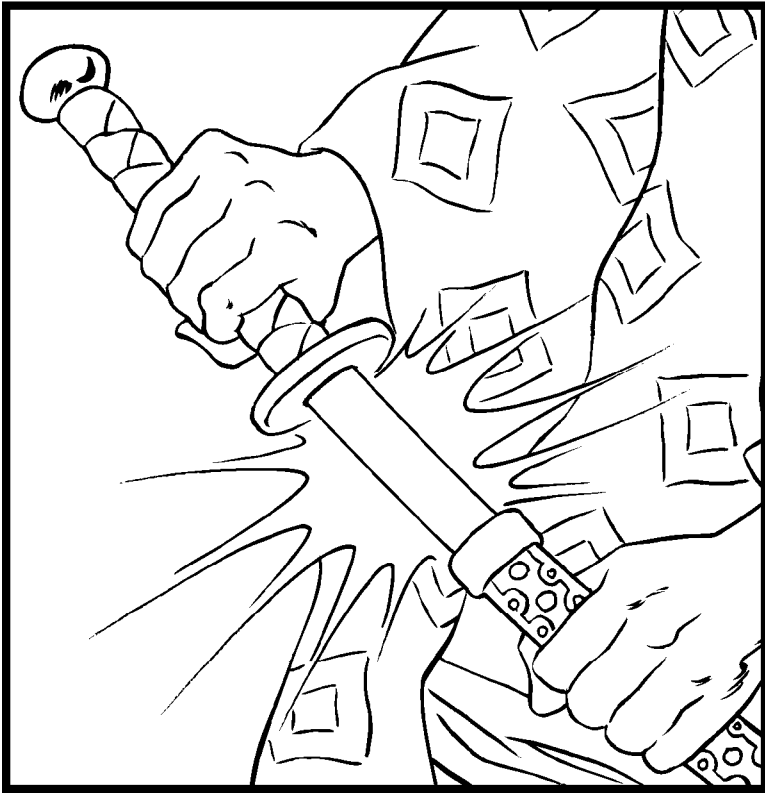
Chinzaemon el Silencioso
(Chinzaemon the Silent)
Libro de lectura Nivel Q
© 2002 Learning Page, Inc.
Un cuento popular japonés
narrado por William Harryman
Ilustrado por David Cockcroft
Traducido por Lorena F. Di Bello

ReadingA-Z™
© Learning Page, Inc.

Todos los derechos reservados.

Learning Page
1630 E. River Road #121
Tucson, AZ 85718

www.readinga-z.com



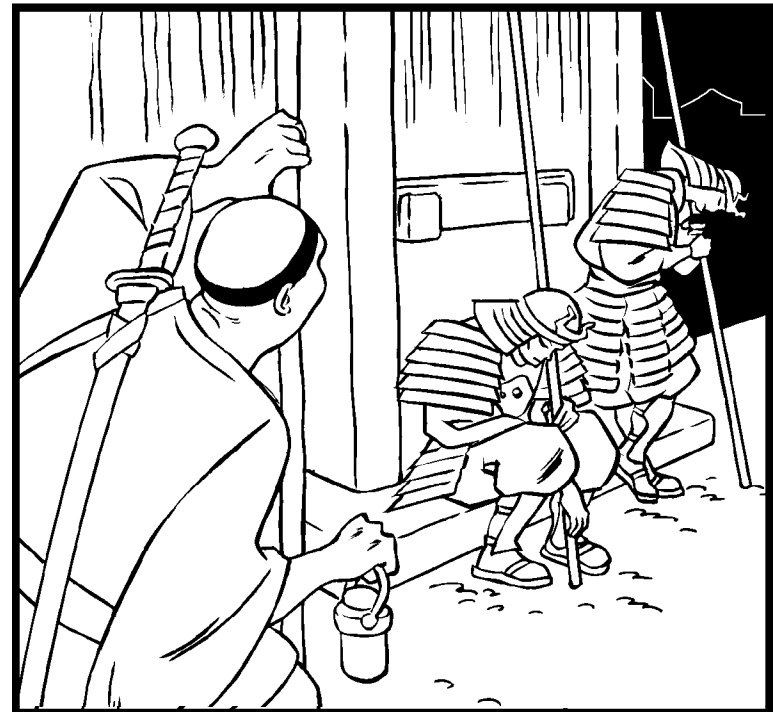
Mucho tiempo atrás, vivía un armero llamado Chinzaemon. Sus espadas eran hermosas y estaban perfectamente balanceadas. Era famoso en su tierra por la calidad de su trabajo. Mucho más famosas que sus espadas, sin embargo, eran sus vainas. Las espadas se deslizaban en ellas tan fácilmente y con tanto silencio que los demás armeros comenzaron a llamarlo Chinzaemon el silencioso.



Un príncipe muy poderoso oyó hablar de Chinzaemon. El príncipe convocó al armero a su corte. El príncipe admiraba el trabajo del famoso armero silencioso. Quería que Chinzaemon hiciera armas para sus soldados y guardias.

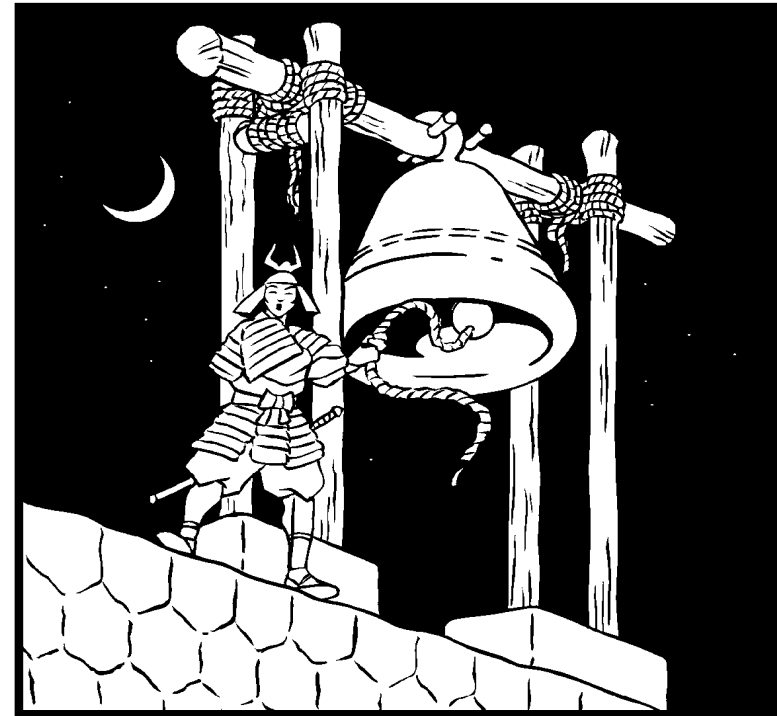
Chinzaemon no era sólo un armero habilidoso. También era muy gracioso e inteligente. Le gustaba hacer bromas a la gente. Había sido un niño muy gracioso en la escuela. Aún es su tiempo de aprendiz de armero, siguió contando chistes y haciéndole bromas a la gente.

Pocas personas sabían que Chinzaemon era un hombre tan gracioso. Sólo compartía sus chistes con la gente en la que él confiaba. Así que, cuando hizo que el príncipe riera sin parar, durante las tres horas que duró su visita, Chinzaemon fue contratado como el nuevo armero del príncipe. Y nadie estaba más sorprendido que Chinzaemon. —El príncipe debe de ser un hombre muy noble —pensó para sí mismo—. ¡Confiaré en él y seré muy leal!



Una noche Chinzaemon decidió que les haría un chiste a los guardias. Se enteró de que algunos de ellos se quedaban dormidos mientras estaban cumpliendo sus tareas. Pensó que sería gracioso encontrarlos durmiendo en horas de trabajo. Se sentirían muy avergonzados. Así que Chinzaemon esperó hasta que se hiciera tarde a la noche y luego silenciosamente abandonó su habitación. Se desplazaba en silencio por los pasillos hasta que estuvo afuera, en terreno del palacio.

Chinzaemon fue cauteloso hasta el portón donde dos guardias estaban durmiendo. Utilizó un pegamento muy fuerte hecho de savia de árboles, y pegó las sandalias de los guardias al piso. Lo hizo muy silenciosamente para no molestarlos. Luego les hizo lo mismo a otros cuatro guardias que se habían quedado dormidos.



Cuando Chinzaemon terminó de pegar las sandalias de los guardias al suelo, les contó a otros guardias el chiste. Luego le contó al jefe de guardias y lo persuadió a que tocara la alarma. Se escuchó fuertemente una campana que indicaba señal de ataque. Todos los guardias vinieron corriendo excepto los seis que estaban clavados al piso. Estaban pegados al lugar. No pudieron desatarse las sandalias lo suficientemente rápido como para no ser descubiertos.

Cuando el príncipe salió de su palacio para ver qué había sucedido, todavía tenía puesta su ropa de dormir. El jefe de guardias le informó sobre la broma de Chinzaemon. Chinzaemon tenía miedo de que el príncipe se enojara. No había sido su intención que su pequeño chiste hiciera salir al príncipe de su cama.



Pero el príncipe no estaba enojado. Por un minuto se quedó en silencio, y luego comenzó a reír. Rió tanto que tuvo que doblarse para recuperar la respiración. Los demás guardias también rieron. Estaban contentos de no ser ellos los que habían sido atrapados. Cuando el príncipe terminó de reírse, les dijo a los guardias que habían estado durmiendo que estaban despedidos. También les dijo que tenían suerte de no haber sido decapitados.





Ese día más tarde, el príncipe convocó a Chinzaemon a su recámara. —Así que —comenzó el príncipe—, hiciste que despidiera a seis guardias inútiles. Te doy las gracias, Silencioso. —El príncipe sonrió para que Chinzaemon supiera que no estaba enojado.



—De nada —respondió Chinzaemon—. Pero sólo quería hacer un chiste. —Estaba un poco nervioso. Pero presintió que el príncipe estaba realmente agradecido por lo que había hecho.

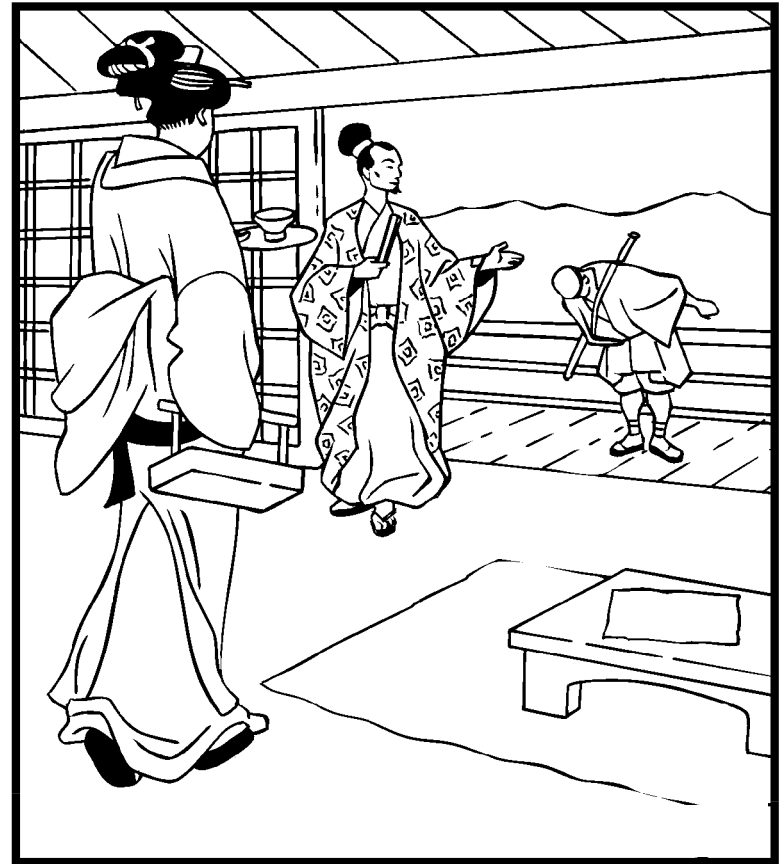
—Bien, me siento más seguro ahora —dijo el príncipe—. Puede que me hayas salvado la vida. A cambio, cumpliré el deseo que tú quieras.

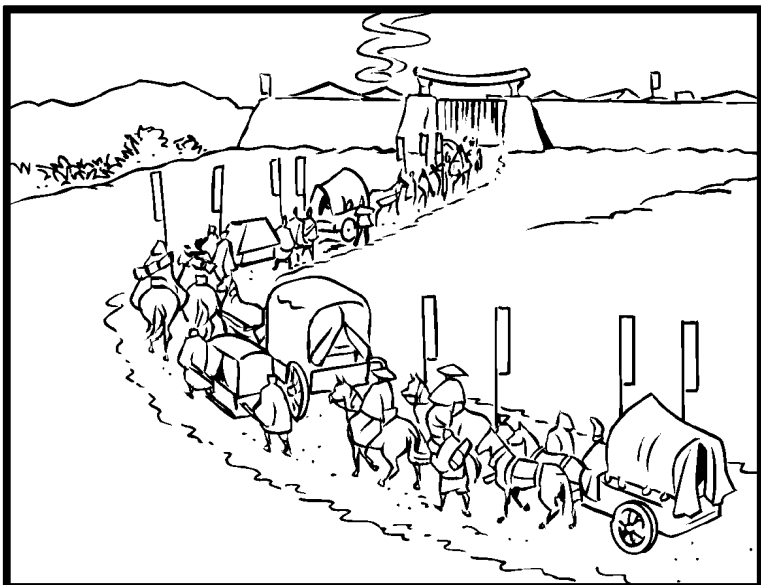
Chinzaemon lo pensó un minuto. Ya tenía una buena vida. Pero luego se dio cuenta de que podía utilizar su ofrecimiento para hacerles una gran broma a los cortesanos de la corte del príncipe. —Bien, noble príncipe, sólo tengo un pedido. —Se sentía un poco avergonzado de pedir lo que quería, pero lo hizo de todas formas. —Permíteme, cuando yo quiera, oler tu oreja.



El príncipe estaba sorprendido. —¡Qué extraño! —gritó, riendo otra vez—. Podrías haber elegido lo que quisieras, oro, plata, tierras. No entiendo tu pedido. Pero si eso es todo lo que pides, será concedido.

—No podrías haberme dado algo mejor, noble príncipe —dijo Chinzaemon, sonriendo.





La semana siguiente hubo una gran reunión en el palacio. Todos los ministros del príncipe vinieron, así como también los cortesanos. Todos trajeron a sus esposas y se vistieron con sus ropas más finas. Todos los meses el príncipe aceptaba visitas, usualmente durante luna llena.

Cada uno que venía tenía un pedido que quería que el príncipe le cumpliera. Ésta era la tradición en todos los palacios, en todas las tierras, en todo el mundo. El príncipe consideraría los pedidos y haría lo que pudiera para satisfacer a aquellos que él considerara dignos.

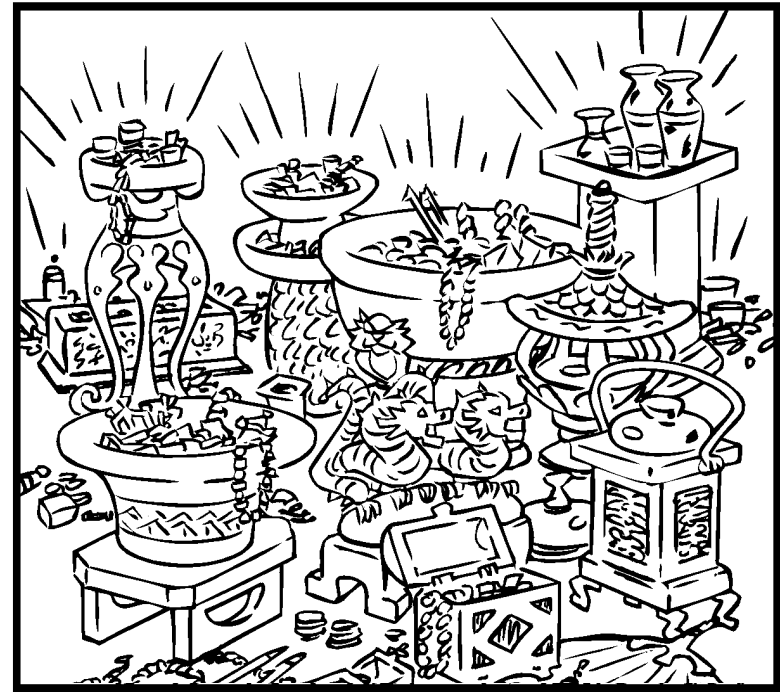


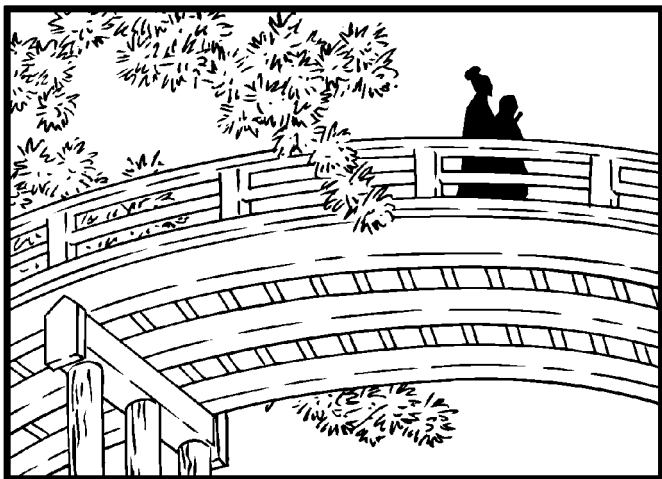
Chinzaemon corrió y olió la oreja del príncipe. Cuando lo vieron, todos los ministros y cortesanos pensaron que le estaba susurrando al oído al príncipe cosas sobre ellos. Todos temían que le susurrara cosas malas sobre ellos y que esto hiciera que el príncipe nos les diera lo que querían.

Por eso, uno tras otro, todos los ministros y cortesanos comenzaron a darle regalos a Chinzaemon. Pensaban que si le daban regalos, Chinzaemon los recomendaría al príncipe. No sabían que sólo estaba oliendo la oreja del príncipe. Hasta las esposas le daban regalos antes de hablar con el príncipe. Chinzaemon sólo sonreía y aceptaba los regalos. Él nos les prometió decirle cosas buenas sobre ellos al príncipe.



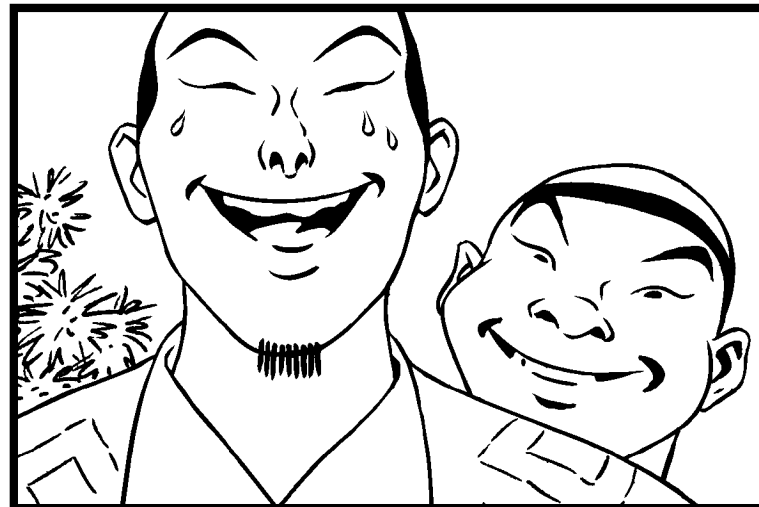
Y así sucedió. Antes de atreverse a hablar con el príncipe, ellos y ellas veían a Chinzaemon primero y le daban un regalo asombroso. Pronto, el simple armero se convirtió en un hombre rico. Tenía dinero a montones, hermosas joyas de oro, estatuas de jade y otros finos tesoros. Tenía tantas cosas que no sabía que hacer con todas ellas. En realidad, ahora era tan rico como el príncipe, pero seguía viviendo como siempre lo había hecho.





Un día, el príncipe se dirigió a Chinzaemon y le dijo, —Bien, Silencioso, ¿no estás arrepentido de no haberme pedido algo mejor de recompensa? —Había visto que el estilo de vida de Chinzaemon había cambiado muy poco en los últimos meses. Le hubiera gustado que su leal armero le hubiera pedido dinero o tierras.

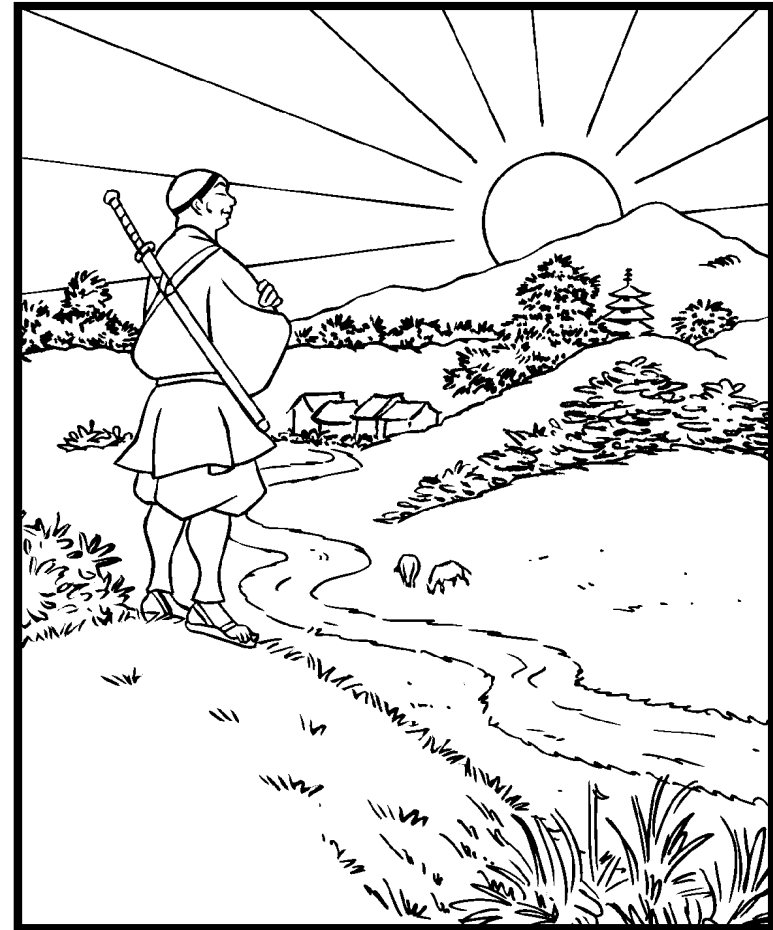
—¡Toma mi palabra, noble príncipe!
—comenzó a decir Chinzaemon—, ¿algo mejor? Bien, tu favor me ha traído muchas más riquezas de las que podría haber imaginado. —Es más de lo que pueda llegar a necesitar. Luego le contó al príncipe lo que estaba sucediendo.



Cuando el príncipe escuchó cómo Chinzaemon hizo hacer el ridículo a sus ministros y cortesanos (y sus esposas), rió y rió. Rió tanto que se le caían lágrimas por las mejillas.

—Vaya con mis leales consejeros —dijo el príncipe—. No me sirven de mucho. Son todos inútiles como consejeros. Voy a despedir hasta el último de estos codiciosos tontos. En realidad estaba muy enojado. Había confiado en esta gente, y todos pensaron que podían comprar sus favores. Pensó en decapitarlos a todos. Decidió que sólo los despediría y los enviaría lejos.

El príncipe convocó a sus consejeros uno a uno. Cuando entraban a su recámara, se inclinaban y se movían nerviosamente. A cada uno de ellos les reveló lo que había sucedido. Todos se disculparon y suplicaron perdón. Pero el príncipe les dijo que dejaran el palacio y que no regresaran.



Cuando el príncipe terminó de despedir a sus consejeros, nombró a Chinzaemon como su único consejero. La única condición fue que Chinzaemon debía decirle al príncipe si alguna vez actuaba como un tonto. Chinzaemon estuvo de acuerdo y recibió una gran extensión de tierra por su lealtad.